

LIBROS

“RELATOS”

DE

ANTONIO GARCÍA YSÁBAL

Antonio García Ysábal (Barcelona, 1939) es un poeta formado en Las Palmas y, desde muy pronto, vinculado estrechamente al trabajo y los avatares de la joven generación de poetas de la posguerra en la capital grancanaria. Irrumpe en el panorama bibliográfico insular en 1962 con “Desnuda palabra” y, desde entonces, ha ido desarrollando su labor con singular regularidad. Entre ese primer libro suyo y “La soledad y el amor” (Tagoro, 1966) median cuatro años, los mismos que van desde entonces hasta su última entrega, la primera que él reconoce como libro (1). De ella, así como de los condicionamientos de la poesía de García Ysábal, intentaremos ocuparnos en este breve comentario.

Me parece evidente que la poesía de Ysábal se desarrolla en dos etapas bien definidas: una primera, fundamentalmente lírica, que va de lo existencial a lo amoroso y otra épica, narrativa de la peripecia del “yo” y del “nosotros”. De ahí que su último libro, “Relatos”, se intente situar en una tesitura de crítica y análisis de la realidad circundante, y sobre todo, de la difícil convivencia entre los hombres. Aceptémoslo. Pero se hace preciso advertir algo. Es imprescindible que la poesía española se libere, a toda costa, de ese sentimiento servil de cara a lo inmediato y realista. Si queremos tener una poesía viva, valiente, capaz, hemos de prescindir de esa especie de reverencia que ha existido siempre hacia toda la poesía dicha, hecha y conocida.

¿Desvincularse de una historia en la que, quiérase o no, se está implicado? Transformarla, usarla, trabajarla, diremos mejor.

Nos enfrentamos en este libro de Ysábal con una escritura que adolece, precisamente, de ese dinamismo, de esa juventud, de esa novedad. Acercarnos a estos poemas supone adivinarlos de antemano; supone que ya conocemos qué nos va a decir el escritor; supone que el poeta, el creador, ha desaparecido. La epicidad lo conduce a un laborar monótono y, a veces, a un nadar entre dos aguas que se hace evidente, sobre todo, en la segunda y última partes del libro. Falta, en muchos de estos poemas, el aglutinante necesario que los haga ser unidad poemática en cuanto a la intención y a la estructura. Porque, si bien es verdad que García Ysábal se propone tomar sobre sí una conciencia generacional —y su poema central “La Plazuela” así nos lo da a entender—, también hemos de convenir en que esta postura se adopta desde un inmovilismo entre escéptico y abúlico que nos alarma. Para nuestro poeta aquella circunstancia que nos transmite se mantiene y se repite... en el recuerdo:

El recuerdo

*me vence y, como tras un velo
íntimamente hermoso, alegre,*

encuentro

*los amigos de entonces,
de ahora y de siempre, en la antigua
vivienda.*

La poesía de “Relatos” entre el escepticismo y la añoranza, no nos parece válida en nuestro actual contexto literario. Queda como reflejo escueto de algo que, si bien se instala en la experiencia del poeta, nos lleva a situaciones y esquemas de los que permanecemos totalmente al margen. Teniendo en cuenta también que la estructura de los poemas, que su hechura métrica y estrófica —que recorre una más amplia gama de variedades que en anteriores entregas— se hace a veces injustificable. Nos da la sensación de prisa, de impaciencia

en la realización del poema. En algunos casos, las soluciones que se dan a temas que por su trascendencia —y estoy pensando en el racismo— corren el peligro de hacer incidir al escritor en el tópico, pecan de ingenuas y vacías. Se ha ido por la vía más expedita, sin contar con que es la más peligrosa.

A primera vista, estas notas —que ya desbordan los límites impuestos por esta sección— aparentemente dispersas y apresuradas, podrían parecer negativas, duramente críticas. Pero mi intención al señalar estos escollos en los que ha venido a dar la poesía de García Ysábal no es otra que interesar al escritor por los caminos difíciles que debe plantearse de aquí en adelante. Y, de otra parte, advertir al lector— sobre todo a nuestro celoso lector provinciano— que la poesía no es simplemente la crónica, más o menos dramática, de unos hechos, sino que debe y tiene que ser la expresión adecuada que convierta a la mencionada peripecia en creación poética. Bien entendido que no se trata de ser formalista, esteticista o cualquier otro adjetivo similar desprestigiado por la moda, sino que expresión equivale aquí a penetración en el lenguaje y en la estructura de modo que se consiga una verdadera capacidad creadora, válida luego por ella misma. Los “Relatos” de García Ysábal son sólo éso: relatos, notas más o menos sustanciosas de unas experiencias interesantes y valiosas, vividas o sufridas por su autor. La actividad del escritor frente a ellas es lo que no consideramos válida de cara a una dinámica de nuestra poesía. Y nuestro deber es —creemos— señalarlo aquí.

J. R. P.

(1). Antonio García Ysábal. “Relatos”. Col. Tagoro, n.º 22. Las Las Palmas, 1970. 59 págs.

UNA POÉTICA PARA ANTONIO MACHADO

DE
RICARDO GULLÓN

Para escritores y estudiosos me parece necesario comentar, siquiera brevemente, este profundo y detenido ensayo de Ricardo Gullón, ese crítico nuestro, a veces olvidado, a veces omitido, pero siempre interesante y viable. Además, me parece necesario aclarar que “Una poética para Antonio Machado” (1) puede acercar a los lectores a la realidad del hecho poético en general y pueden encontrar en sus páginas, explicado con singular maestría y claridad, el camino a seguir en la creación poética que, aun referida a la persona y la obra de Machado, abarca un más amplio campo de referencias.

Por regla general, los libros que acometen un ensayo más o menos profesoral, los libros que se someten a ciertas coordinadas de rigor y precisión, suelen ser considerados prohibitivos del gran público, pasto de eruditos o de estudiosos de altos vuelos. Sin embargo, me permito adelantar que este estudio de Gullón tiene, entre otras muchas cualidades, la de ser ameno, claro y, sobre todo, la de desentrañar el verdadero meollo de la cuestión a dilucidar que no es otra que el proceso creador en poesía.

Concretándonos al trabajo de Ricardo Gullón hemos de destacar el interés decidido que pone en dejar bien claro su propósito de acercamiento a la obra poética a través de su estructura, desde ella misma, desechando el viejo mito, como él mismo dice, de que “la poesía se entiende mejor no entendiéndola, es decir, acercándose a ella en un estado de inocencia abierta y operante, con la esperanza de que ese acercamiento haga que el poema se abra de repente y nos entregue su secreto”. Y es curioso cómo Gullón acomete su labor analizando la obra de un poeta como Machado al que siempre se ha visto plenamente identificado en sus dos facetas, la de poeta y la

de hombre, y además influyéndose recíprocamente.

El libro se distribuye en varios apartados de carácter eminentemente técnico que van desde el estudio de la materia y la sustancia poéticas a los elementos que como el ritmo, el tono, el silencio, el espacio o el tiempo, juegan un importante papel en la transformación básica de la *materia-lengua* en *materia-poesía*, pero quizá sea el capítulo inicial el que encierre la clave de todo el trabajo, y el que nos aclare a la perfección que sea eso de la transformación *materia - sustancia*, paso decisivo para que la labor literaria alcance la categoría de poesía.

Libro éste vivo, creador, abierto a sucesivas posibilidades de análisis parciales en una obra como la machadiana, limitada en su cantidad, pero inmarcesible en sus contenidos y revelaciones. Comprender, y Gullón lo hace muy bien y nos lo muestra muy claramente, que Machado fue un poeta que no sólo escribía lo que le dictaba su corazón sino que se proponía hacer poesía y se preocupaba por ella, es algo que nos compete a todos y para comprenderlo no basta con la afirmación gratuita sino que, como ha hecho Ricardo Gullón, se debe partir del propio texto, del conocimiento de su apariencia propia y de sus condicionamientos estructurales.

JORGE RODRÍGUEZ PADRÓN

(1). Ricardo Gullón. *Una poética para Antonio Machado*. Ed. Gredos. Madrid, 1970. 264 págs.

REVISTAS

“PRIMER ACTO”, número 121

El premio nacional de teatro Lope de Vega 1969, justamente concedido a “Los niños”, del joven escritor Diego Salvador, ha supuesto el último coletazo polémico de la pasada temporada, llena de sorprendentes y esperanzadoras realidades. La pieza, sin duda interesantísima, y de rasgos desconocidos, o muy poco usuales en nuestro contexto teatral, fue estrenada a mediados del mes de junio, cuando el auge de los teatros madrileños había remitido notablemente, por no decir que había cesado por completo. Sobre ésto, caben destacar —y en carta difundida en diferentes publicaciones nacionales el autor así lo daba a entender— las irregularidades del montaje y las alteraciones que sufrieron algunas de sus iniciales intenciones. “Primer Acto”, muy atenta a todo este trasiego dinámico de nuestro quehacer teatral recoge, en su último número, el texto íntegro de la pieza de Salvador, precedido de un amplio estudio de José Monleón en torno al teatro de este joven escritor; acompañado de algunas notas confesionales redactadas por el mismo Diego Salvador. La obra posee una áspera fuerza, a veces brutal, y se instala en la línea más decididamente viva del teatro contemporáneo. Sus ideas teatrales son bien claras aunque en ocasiones, y ello no obsta para los méritos de la pieza, las alusiones llegan a ser un tanto pueriles. Pero no cabe duda de que la capacidad teatral de “Los niños” es más que notable. Y adviértase nuestro desangelado panorama teatral contemporáneo.

Completan el número las habituales sesiones de “Teatro independiente”, que da fin a su encuesta, y “El espectador”; junto con las